

Capítulo 513 Hijas de los Reyes

Anubis sintió que finalmente no podía permanecer en silencio.

Extendió la mano y en su palma apareció un cetro.

Golpeó el suelo con la punta del bastón dos veces seguidas y envió fuertes pulsos de luz dorada con cada golpe.

Como había hecho tantas veces antes, esperó una respuesta a su llamado y gruñó cuando finalmente la recibió, y una mujer apareció frente a él.

—¿Me has llamado otra vez para quejarte, Anubis? —dijo secamente.

"Tu presencia en este reino ha sido innecesaria durante demasiado tiempo. Interfieres en mi trabajo".

Ahhhh . "¿No hemos hablado de esto? Nuestra presencia aquí es más importante que el dilema causado por unas cuantas almas humanas errantes".

Anubis apretó con más fuerza su bastón por irritación.

"¿Cómo puedes ser tan insensible? ¿Tienes idea de lo tortuoso que es vagar sin rumbo? Por si eso no fuera suficientemente malo, no hay Nether fluyendo a través de este reino para nutrirles. ¡No pueden vagar aquí para siempre!"

"La última vez que lo comprobé, en realidad no te impedíamos juzgar almas. El ejército está aquí solo como medida de precaución y está a la espera".

Anubis pareció enfadarse aún más con este comentario, ya que gruñó visiblemente: "Sabes... ¡eso es mentira...!"

"..."

«¡Ahora que tú estás aquí, ella no se me aparece! ¡Sin ella no tengo forma de deshacerme de las almas malévolas!».

«Bueno... eso no es culpa mía, ¿no? Deberías haber sido un mejor dueño y haber controlado mejor a tus mascotas».

Antes de que Anubis pudiera decir algo, todo su templo tembló furiosamente.

Cuando finalmente se detuvo, Anubis levantó un dedo y lo colocó sobre su hocico.

—Cuidado. No dije que se hubiera ido, dije que había elegido no aparecer. Cuida tu lengua, griega. No sea que te devore mucho antes de que lo haga su «padre».



La diosa con la que Anubis estaba hablando puso cara de enfado.

"No soy tan fácil de devorar, señor de la muerte".

"¿No has aprendido nada hasta ahora? No tienes por qué hacer esto".

La diosa quiso refutar estas afirmaciones injustas, pero cuando recordó que el Dios Rojo ya era responsable de la muerte de un olímpico y de la locura de otro, empezó a sentirse aún menos segura.

"...Entonces, con más razón estamos aquí. Debemos evitar que ese monstruo gane más poder".

Esta vez, Anubis se burló mientras se apoyaba en su cetro.

"Dada tu posición, sé que debiste sentirlo. Ese rugido que sacudió los universos desde las grietas intermedias. Él ya ha crecido a un nivel más allá de lo que la mayoría de nosotros podemos soportar".

"Obviamente lo sé, pero creo que mi padre..."

"A tu padre le irá sólo un poco mejor que a Set o a Horus.

Aunque estoy seguro de que, en su bravuconería, él pensará de otra manera. En verdad, temo que nuestro único recurso sean los Primordiales, quienes decididamente no tienen ningún interés en la situación.

Y, por supuesto, el propio Caminante Rojo, pero me imagino que será una píldora difícil de tragar para la mayoría. Lucifer no es una figura muy popular, ni entre los inmortales ni entre los hombres".

—No tendremos necesidad de confiar en el diablo —aseguró la mujer—. Mientras tengamos cuidado de no caer en el camino de la brutalidad salvaje de nuestro enemigo y reformemos los fragmentos de la Primera Espada, él caerá de todos modos.

Anubis no dijo nada y miró fijamente el techo de su templo.

"Posiblemente... tu salvación podría ser el hecho de que solo los dioses más fuertes son conscientes actualmente de cuán grande y terrible se ha vuelto en tan poco tiempo.

Si los dioses menores se enteran de esto, me pregunto qué tan rápido se desmoronará todo su apoyo, cuando los ejércitos de Grecia descubran que hay cosas peores que temer que Zeus.

Atenea entrecerró los ojos ante lo que consideró una especie de indirecta hacia su padre, pero Anubis no se desanimó en lo más mínimo.





"Ya es bien sabido que una de tus hermanas se fugó con uno de los seis y probablemente se entregó a..."

—Esa es la razón por la que estoy aquí —dijo Atenea con firmeza—. Para asegurarme de que no haya más errores, más corazones débiles y más traiciones. La paciencia de mi padre se agota, al igual que la mía.

Antes de que Anubis pudiera decir algo más, uno de los soldados griegos estacionados afuera entró corriendo al templo.

"P-Perdón, santidades. Hay un grupo que se acerca al templo desde el exterior. Parecen estar vivos".

"...¿Qué son?" preguntó Anubis con sospecha.

"Hay un humano entre ellos, pero el resto parece... Lo siento, no puedo decirlo."

De repente, dos nuevas voces hablaron.

"Es una verdadera lástima. Pensé que los cuernos nos delatarían".

—Los demonios también tienen cuernos, hermana. Los alces también.

"Ah, cierto, cierto."

Al otro lado de la habitación había una fuente, de donde fluía agua azul cristalina.

De sus profundidades emergieron dos jovencitas con sonrisas idénticas.

Tenían la piel bronceada, pelo largo color verde azulado y cuernos negros puntiagudos.

La armadura que llevaban consistía en hombreras, placas pectorales y taparrabos, todos teñidos del mismo color verde azulado que su cabello, con rastros de oro que lo delineaban.

Al principio eran algo lindas, pero cuando miraron a la diosa griega, sus ojos se volvieron crueles.

"¡Perra griega..!"

"Incluso después de todo este tiempo, ver a uno de ustedes todavía nos revuelve el estómago".

"Tendréis que perdonarnos si hoy somos especialmente despiadadas".

De repente, otra voz se añadió a la mezcla.



"Vaya... nunca había visto a mis lindas hermanitas comportarse con tanta fiereza.

Bueno, excepto Ja-Ja".

Yemaja: "¡Cállate, perra!"

Yemaya: "Bueno, lo entiendes, ¿no es así, querido hermano? ¿Cómo te sentirías si hubiera bastardos nórdicos aquí?"

Anubis y Atenea encontraron a un joven apoyado contra una pared, al otro lado de la habitación.

Sostenía sobre su hombro un hacha enorme de aspecto demoníaco, que era tan alta como él.

Una vez que escuchó la pregunta de su hermana, sus ojos negros se volvieron aún más oscuros y sin vida, y se formaron grietas alrededor de sus ojos.

"Perdería completamente el control..."

De la nada, la temperatura en la habitación bajó a un nivel preocupante.

"Y yo que pensaba que la loca era yo", se rió entre dientes otra voz.

Todos: "¡TÚ LO ERES!"

"Tch."

Al mirar hacia arriba, los dos dioses encontraron a una hermosa joven colgando boca abajo del techo, como un murciélago.

Entre sus dientes puntiagudos sostenía una daga hecha de hielo y sus ojos se parecían a una luna creciente cuando sonreía.

Aunque debería haber sido tierna y entrañable, la verdad es que era morbosamente inquietante.

Había otra jovencita con ella en el techo.

A diferencia de la lunática que estaba frente a ella, ella no estaba colgando del candelabro, sino que estaba parada en el techo, como si estuviera caminando normalmente.

Aunque no parecía tener más de quince años, sus ojos eran una historia diferente.

Parecían contener un desprecio aborrecible por su existencia, que uno simplemente no podía adquirir en una vida tan corta.



"Muy bien, muchachos, intentemos demostrar algo de profesionalismo, ¿vale? Después de todo, tenemos un entrenamiento en casa decente".

"En la mayor parte."

Dos individuos caminaron a través de los arcos del templo, como si hubieran sido invitados a entrar.

Ambos eran impresionantes y peligrosamente cautivadores.

Tanto es así, que Atenea fue tomada por sorpresa por un momento.

Ella estaba acostumbrada a seres encantadores, ya que el tiempo que pasaba cerca de Afrodita no era pequeño, pero estos dos eran por lejos superiores a ella.

Era completamente incapaz de sostener la mirada del joven en particular, y se mordió la lengua para dejar de tener pensamientos impuros.

Por otro lado, Anubis también la miraba fijamente, pero por motivos completamente diferentes.

Reconoció al joven de cabello morado, y sin embargo no lo reconocía.

Fue extraño, como ver a alguien que conocías desde un ángulo diferente por primera vez.

«Tú... ¿cómo has logrado pasar desapercibido ante Ra para estar aquí...? Aunque ya no esté en sus cabales, nunca permitiría...».

«Harías bien en no confundirme con nadie más. Al fin y al cabo, me enorgullezco de mi individualidad», dijo el joven con un gesto de la mano.

A su lado, la joven rió y le dio a su hermano una palmadita en el hombro para tranquilizarlo.

Atenea y Anubis supieron inmediatamente que éste tenía que ser el grupo de forasteros del que habían informado hacía unos momentos; y ésta era la líder humana.

—¿Quién eres? ¿Cómo lograste pasar el ejército? —preguntó Atenea concisamente.

Una luz brilló en los ojos de la niña humana, mientras caminaba por la habitación con las manos entrelazadas tras la espalda.

—Esa actitud autoritaria... una postura moralista incluso en una tierra que no es la tuya... Debes ser muy importante, ¿eh? Y esa ropa... ¿de un atleta olímpico, tal vez? Por alguna razón, Thea se rió mientras se acercaba cada vez más a los dos dioses.



"Es una lástima, no estamos aquí para entretenerte en este momento. Esto es un asunto familiar, ¿entiendes?"

Inmediatamente, una vena se hinchó en la cabeza de Atenea y su rostro se puso rojo brillante. "¿Cómo te atreves?"

—Tú eres el que manda aquí, ¿verdad? —le preguntó Thea a Anubis.

El dios con cabeza de chacal no dijo nada al principio y en cambio la inspeccionó de cerca.

Mirarla le hizo doler la cabeza.

Demasiado hermosa para ser mortal, demasiado segura de sí misma para estar tan indefensa como parecía y demasiado inquietante para ser completamente humana.

Un monstruo de la más pura definición.

"... Los Du'at son mis tierras, sí. ¿Quién eres tú para inmiscuirte en ellas?"

"Solo soy una hermana mayor preocupada, nada más y nada menos. ¿Quieres adivinar por quién estoy aquí?"

Los ojos de Anubis se abrieron con sorpresa.

"¡Eres su engendro...!"

-¡Ding, ding, ding, ding~!

¡¡BUUUUUUMM!!

Una punta de lanza estaba a sólo centímetros de perforar el cuello de Thea cuando fue detenida por el khopesh dorado de Apophis en un instante.

Thea no se había movido de su lugar ni un centímetro desde que todo empezó, y miró a la diosa olímpica con frialdad por el rabillo del ojo.

"Normalmente me gusta que las mujeres intenten llamar mi atención, pero confieso que tú estas un poco demasiado dura para mí. Lo entiendes, ¿verdad?"

